

# Estetas, gerentes y terapeutas

## La condición gerencial del cuidado

José Luis GARCÍA MARTÍNEZ

Universitat de València

### Introducción

Todos los días nos encontramos con situaciones en las que pensar sobre el cuidado. Parece que todos tengamos la necesidad de ser atendidos en momentos determinados de nuestras vidas, así como los que nos rodean pueden necesitar de nuestro cuidado en otros momentos a lo largo de su vida. La imagen de nuestros padres cuidándonos cuando somos niños, que varía hasta ser nosotros los que tenemos o tendremos que cuidar de ellos cuando sean mayores puede ser clarificador. También sería un indicador a tener en cuenta cómo una sociedad se ocupa de aquellos que necesitan cuidado.

Tratar sobre aquellos que necesitan cuidado nos hace aproximarnos a uno de los pilares sobre los que queremos cimentar el texto. En una primera aproximación, necesitan cuidado los débiles, los vulnerables; en términos de corrección política, los grupos en situación de desventaja, en términos más cargados ideológicamente podemos hablar de grupos empobrecidos. Desde estas diferentes concepciones de los que necesitan cuidado aparecen diferentes formas de solución, que se mueven desde el cuidado familiar hasta una tutela refrendada por el Estado.

Ante la necesidad que tenemos todos, de ser cuidados y de cuidar, se opone una forma de relacionarnos en la que tenemos que estar siempre en una situación óptima de salud, jóvenes (al menos en apariencia) y listos. El motivo de esta relación se sustenta en las exigencias sociales que nos son impuestas. Byung-Chul Han ha propuesto claves interpretativas para entender filosóficamente el mundo actual. Atrás habría quedado la sociedad disciplinaria que

tan bien supo describir Foucault en *Vigilar y Castigar*. Han conceptualiza la sociedad contemporánea como una sociedad del rendimiento. Todos nosotros estamos presionados en la búsqueda del mayor rendimiento posible. Y esta forma de rendir casa difícilmente con nuestra necesidad de ser cuidados. Debemos ocultar nuestras debilidades, nuestros estados anímicos, todo para conseguir rendir más:

“La llamada a la motivación, a la iniciativa, al proyecto, es más eficaz para la explotación que el látigo y el mandato. El sujeto del rendimiento, como empresario de sí mismo, sin duda es libre en cuanto que no está sometido a ningún otro que le mande y lo explote; pero no es realmente libre, pues se explota a sí mismo, por más que lo haga con entera libertad. El explotador es el explotado. Uno es actor y víctima a la vez. La explotación de sí mismo es mucho más eficiente que la ajena, porque va unida al sentimiento de libertad. Con ello la explotación es posible sin dominio”<sup>1</sup>

En nuestra finalidad por rendir más entramos en una competencia directa con aquellos otros que quieren rendir tanto o más que nosotros. En esta competición el único beneficiado es el receptor del rendimiento, puesto que los que compiten entran en una lucha sin final que les conduce a una continua insatisfacción, ya que nunca rendirán de la forma (inalcanzable) con la que sueñan. Las relaciones se instrumentalizan en una sociedad atomizada, en la que cada uno compite con el resto. Aquellos que no ceden a esta presión son analizados y señalizados gracias a la obligación que tenemos de publicitar nuestras vidas, y el mundo informático, el Big Data los reduce a *waste*<sup>2</sup> [basura].

Alasdair MacIntyre es un autor escocés nacido en Glasgow, en el año 1929. Desde su juventud fue muy beligerante con el liberalismo (y su desarrollo más radical, el neo-liberalismo). En aras de obtener herramientas para poder criticar y derrumbar el liberalismo MacIntyre se afilia muy joven al partido comunista. El partido comunista y su programa le ofrecían claves interpretativas para entender el por qué del triunfo liberal. MacIntyre estudió a Marx y escribió en diversas publicaciones comunistas (en 1953 publica *Marxism: An Interpretation*). Pero dentro del partido era considerado un *rara avis*, su apego al marxismo difícilmente podía articularse con sus creencias cristianas, más para posiciones radicales contra la religión dentro del comunismo británico. Este conflicto puede ser analizado en la segunda edición de su *Marxism and Christianity*, del año 1995 (original en 1968).

MacIntyre intentó, siempre desde la razón (entendida a su manera) fusionar los dos aspectos que lo constituían, aunque paulatinamente se iría alejando de la jerarquía de los partidos para defender una aproximación más libre al comunismo (acercándose a trotskismo), que le permitiera articular su fe y su deseo político. Desde esta lucha interna, supo diferenciar en su obra textos netamente académicos de los textos más teológicos. Dentro de su trabajo intelectual, especialmente desarrollado a lo largo de los años setenta, destaca sobremanera *Tras la virtud*,<sup>3</sup> obra que le lleva al estrellato filosófico al ser publicada en 1981. El libro ha sido habitualmente dividido en dos partes, en una primera parte desarrolla un diagnóstico de la sociedad contemporánea, mientras en la segunda parte propone un retorno (quizá demasiado nostálgico) a tiempos pasados en los que existía un mayor conocimiento moral. Nosotros vamos a centrarnos en la primera parte, cuando aborda los personajes que representan la forma de pensar contemporánea.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Han, B., *La agonía del Eros*, Herder, Barcelona, 2014, pp. 19-20

<sup>2</sup> Han, B., *Psicopolítica*, Herder, Barcelona, 2014, pp. 98-99

<sup>3</sup> MacIntyre, A. (1981). *After Virtue*. Notre Dame: Notre Dame University Press. La edición en castellano es *Tras la virtud*, Barcelona:Crítica.

<sup>4</sup> El capítulo III de *After Virtue* introduce estos aspectos.

Hablar de personajes puede resultar trivial para muchos. ¿Qué aspecto nos puede aportar tratar de personajes, cuando la realidad nos muestra que los individuos difícilmente son reducibles a personajes? Afortunadamente las personas mostramos una riqueza que escapa de los personajes que intervienen en una obra, ya sea literaria, teatral o cinematográfica (segunda acepción del diccionario de la RAE para “personaje”). En una trama los personajes suelen comportarse de forma acorde a sus ideas, estando en un espacio integrado dentro de un mundo de ficción que puede desarrollarlos de forma coherente a lo que se espera del papel que desempeñan (o no, buscando una sorpresa). Pero personaje tiene otras dos acepciones, siendo la primera “persona de distinción, calidad o representación en la vida pública”. La tercera retoma un sentido antiguo que no abordaremos: “Beneficio eclesiástico compatible con otro”.

La primera acepción atiende al personaje, recordemos, como una persona de distinción, calidad o representación en la vida pública. Desde este punto sí que resulta de interés acercarnos a ellos, puesto que nos ofertan claves interpretativas para comprender nuestra sociedad, para entendernos a nosotros mismos. Señala MacIntyre que los personajes son representantes morales de su cultura, y lo son por la forma en que las ideas y teorías metafísicas y morales asumen a través de ellos existencia corpórea en el mundo social. Desde este punto de vista, el análisis de los personajes que representan nuestra sociedad tienen una gran utilidad para hacernos cargo de cómo es nuestra sociedad, y para vernos representados en ellos. Desde esos personajes podemos ver nuestras virtudes y defectos, y podemos corregirnos ante nuestra incapacidad crítica, escapando de nuestra autoindulgencia más o menos culpable.

Querriamos analizar los personajes como necesarios para el cambio de una sociedad disciplinaria hasta la sociedad del rendimiento. Es en estos personajes, denunciados en el año 81, recién llegada Thatcher al gobierno británico, donde vemos el caldo de cultivo de la sociedad tardomoderna que Han vislumbra. Centrarnos en su papel del cuidado nos oferta la posibilidad de encuadrarlos dentro de las decisiones que se han tomado desde diferentes estamentos, e imaginar las razones de la imposición de esas decisiones, para preguntarnos posteriormente sobre lo deseable de todas ellas.

El interés por abordar estas cuestiones no se restringe al marco teórico exclusivamente. El análisis de estas cuestiones nos hace apreciar mejor la realidad y su proceso para surgir en un sentido concreto. Desde el conocimiento de estos vaivenes y continuidades podremos corregir aspectos que no consideramos deseables y cuestionar algunas creencias que pueden ser desactivadas una vez se analizan de forma seria.

Byung-Chul Han ha sabido ver el exceso de positividad que se da en nuestras sociedades. Ya no existe una dialéctica en la que hemos de luchar por nuestra identidad. El neoliberalismo seduce de forma sutil, inteligente; hace creer que eres libre, pero te presiona desde las exigencias que te impones para rendir más. En la sociedad del cansancio (título de un libro de Han<sup>5</sup>) los que la componemos nos vemos autoexigidos en todo momento. Y esa autoexigencia se plasma en un óptimo rendimiento, un rendimiento que sólo puede darse en condiciones de perfecta salud, tanto física como mental. Ante el aumento de depresiones y trastornos nerviosos es fundamental entender un personaje fundamental para el mantenimiento de la sociedad de rendimiento: el terapeuta.

<sup>5</sup> La sociedad del cansancio, Herder, Barcelona, 2012.

## **El terapeuta**

El terapeuta es un personaje clave para mantener nuestra sociedad a pleno rendimiento. Tiene una misión técnica, dirá MacIntyre, debe ser eficaz para reconducir los síntomas neuróticos en energía dirigida. Debe convertir a personas con lastres emocionales en ejemplo de vitalidad y aceptación social, debe convertirlas en funcionales, en productivas. Es un personaje que busca la autocomplacencia, huyendo de cualquier sentimiento, emoción o experiencia dolorosa. Esa huida se torna más acuciante en el mundo social, en el que el terapeuta proyecta (y enseña a proyectar), de forma calculada, una vida plena, feliz, quizá demasiado perfecta.

El terapeuta ofrece herramientas conductuales para aquellos que no consiguen el máximo nivel de felicidad. Históricamente conocemos diferentes formas de obtener una vida digna de ser vivida, pero también conocemos las dificultades que surgen cuando se quiere obtener. Dentro de estas dificultades aparece el tiempo, un parámetro que es despreciado en nuestra apresurada sociedad. No hay tiempo, y todo debe obtenerse de forma rápida. Hay que ser feliz de forma rápida, y las herramientas para ello las puede ofrecer el terapeuta. El terapeuta se enfrenta a todo aquello que genera desazón, se enfrenta a toda emoción negativa. El planteamiento nietzscheano que otorga poder al sufrimiento, porque quien supera el sufrimiento obtiene una mayor autenticidad queda despreciado.

Se potencia un comportamiento infantil, de desprecio de cualquier sentimiento o emoción negativa. La autenticidad se manifiesta desde la posibilidad de eludir las emociones de control moral: no se debe tener nunca vergüenza, hay que saber gestionar el sentimiento de culpa para que no afecte nuestra vida. Una persona que obtiene la capacidad de gestionar las emociones de control moral se aproxima peligrosamente al sociópata, en cuanto que no es controlado por algunas de las formas de control más eficaces que posee la sociedad. Muchas veces el terapeuta arma de heroicidad a aquel que quiere eludir el control moral, lo que eleva la posibilidad de convertirle en un tirano. MacIntyre recuerda las palabras de Philip Rieff,<sup>6</sup> cuando indica que *el hombre religioso había nacido para ser salvado, el hombre psicológico para ser complacido*.

Analizar la baja tolerancia a la frustración y el aumento en el uso del halago vacío pueden ser síntomas de la aceptación de esta forma de relacionarnos. Se dice muchas veces “guapa” o “guapo”, halagamos y ensalzamos cuestiones más allá de la corrección social, y se espera que los que reciben esos cumplidos sepan devolverlos de igual manera. La verdad o mentira del cumplido se olvida en un espacio en el que reina una hipocresía impuesta, que busca ensalzar a todos los participantes sin entrar a valorar si alguno lo merece realmente. Podría darse el caso de una persona que realiza una gran acción, que por estar fuera de estos ambientes, reciba menos alabanzas que otros que no han hecho nada loable. El lenguaje moral deja de evaluar para transformarse en un instrumento de alabanza y mejoría anímica. El miedo al trauma, a la negación, a que no se cumplan los sueños se asocian con ser un fracasado, porque todo el mundo que me rodea aparece como feliz, como (si estuviera) realizado. Y es en ese espacio de comparación en el que aquel individuo que no esté armado con una gran integridad puede acabar sucumbiendo, uno más, al mensaje que le oferta el terapeuta.

Para desgracia del terapeuta nunca podrá vivir sin los otros, así que puede darse, conforme a las claves que señalábamos con anterioridad, una instrumentalización del resto en aras a obtener su placer. Si esta visión es compartida por el resto entramos de lleno en la sociedad

<sup>6</sup> Rieff, Ph., *The Triumph of the Therapeutic: Uses of Faith After Freud*, University of Chicago Press, Chicago, 1987

terapéutica, una sociedad de gestos vacíos que buscan el placer de la forma más rápida posible. Conceptos como sufrimiento o perseverancia son esgrimidos y presentados como deseables, aunque todos intenten eludirlos; aún más, eludirlos es clave para ser feliz en el sentido que prefiere el terapeuta, que lo quiere todo y lo quiere ya.

La uniformidad en obtener una pronta y sencilla satisfacción no supone que exista la misma uniformidad en las tradiciones que comparten los terapeutas. Los terapeutas entran en un conflicto continuado para imponer su propuesta, entrando en competencia directa con los otros terapeutas que ofrecen lo mismo: unas herramientas para escapar de cualquier malestar. Cada terapeuta se cierra en su sistema sin atender a las otras propuestas. No hay comunicación entre diferentes terapeutas. No hay forma de evaluar críticamente la propuesta terapéutica.

La cerrazón del terapeuta hace que su concepto de cuidado sea un continuo proceso de autoafirmación ególatra que busca la propia satisfacción. La crítica a lo que se piensa o se hace es desactivada al momento desde unas herramientas que inmunizan ante lo que reduce nuestro bienestar egoísta. El egoísmo no conlleva aislamiento, puesto que los otros son requeridos de dos formas. Por un lado, a los iguales se les necesita para que continúen reforzando la propia autoestima. Por otro lado, el resto puede ser utilizado para el propio bienestar arrogante, ya sea porque se conoce o se interactúa con gente “importante”, ya sea para ayudar a aquellos que precisan de ayuda para poder contarlos posteriormente.

### **El esteta rico**

El esteta rico tiene una vida acomodada, lo que le permite disfrutar de tiempo y dinero. Su actividad social es abrumadora, e intenta ser aceptado en función de su capacidad para atender a la belleza que se oferta en las experiencias estéticas. Pero para su realización es clave la exclusividad, con lo que busca distanciarse de los gustos de la mayoría. Se acerca hacia concepciones elitistas del arte, que solo puedan disfrutar unos cuantos elegidos. El esteta rico es el perfil propicio para aquellos que ven en el arte un negocio o un medio para la fama exclusivamente, convirtiéndose en sustento de algunos vividores.

El esteta rico desprecia los placeres mayoritarios, por lo que pretende vivir más allá de lo vulgar, ansiando experiencias estéticas elevadas. Su repulsa a lo mayoritario le puede hacer parecer extravagante, situación que acepta con agrado, como forma de diferenciación. Su actitud le hace encajar difícilmente con las pautas sociales mayoritarias. Su búsqueda de experiencias más intensas puede conducirle a forzar su capacidad perceptiva, imaginemos cómo. También puede ser que la carga del vacío y del aburrimiento del placer se transforme en una amenaza tan clara que el esteta debe abogar por placeres más sofisticados, algunos de los cuales pueden ser interpretados por el resto como vicios. Estas comprometedoras situaciones pueden conducir al esteta a la visita del terapeuta, con el riesgo de convertir la terapia en una experiencia estética más.

El cuidado para el esteta se reduce a la continua estimulación, una búsqueda de experiencias que le exciten y que le hagan escapar del aburrimiento. Desea una vida emocionante, provocativa y expuesta. En este componente se diferencia del terapeuta, que busca una vida más tranquila, asentada en un blindaje emocional ante las interferencias del resto.

## **El gerente**

Finalmente llegamos al gerente. El gerente es el personaje que tiene una mayor repercusión en nuestras vidas, puesto que suele moverse y gestionar las esferas de poder, de hecho es el que puede llegar a gestionar cómo una sociedad se hace cargo del cuidado. Ello permite que tenga puestos de responsabilidad en las compañías que gestionan nuestros trabajos, en los bancos que gestionan nuestras hipotecas y dinero, y en el asesoramiento a nuestros gobernantes. Habitualmente ha adquirido esos puestos tras presentar gruesas carpetas que validan sus conocimientos. Y en esa preparación recae una de sus características principales: es mero transmisor de los conocimientos que ha adquirido.

En muchas ocasiones los gerentes no son ejecutores, sino que se presentan como un asesoramiento. Ese asesoramiento les evita el reproche de las consecuencias de sus acciones, aunque los propios gerentes avisen de las desastrosas consecuencias que acarrea no atender a su propuesta; está ofreciendo la forma óptima de realizarla. En multitud de ocasiones estos gerentes han sido educados en los parámetros de las ciencias sociales. Sorprende que la humildad teórica que las acompaña, aceptando su falibilidad, tenga como consecuencia expertos que, una vez están fuera del espacio académico y humilde, se vuelven infalibles e infranqueables en sus puestos de dirección o asesoría. No estamos indicando que no tengan que alcanzar los puestos que alcanzan, simplemente señalamos que su disciplina no opera con la tradicional eficiencia de las ciencias naturales. Desde esta afirmación se complica la justificación de las esferas de poder que ostentan en la actualidad; pero, además, constatamos que los aspectos morales no son atendidos, en el mejor de los casos; en otras selecciones de personal simplemente son rechazados.

Los aspectos morales son ocasionalmente interpretados como lastres para efectuar la actividad gerencial de forma eficiente. Personas con densidad moral no son deseables en marcos de relaciones en los que prevalece la falta de ética, puesto que las acciones morales son consideradas ingenuas. Todos estos aspectos pueden ser útiles para comprender la situación económica de crisis mundial iniciada en 2008. Aquellos que conducían la economía especulativa despreciaban el componente moral y pretendían, a través de las herramientas que ofrecían sus conocimientos, obtener el máximo beneficio olvidando cualquier resistencia para ello. Sirva como ejemplo de esa forma de entender el mundo este fragmento del *Informe Lugano*:

“Que sepamos, ningún Grupo de Trabajo se ha enfrentado hasta ahora a un cometido tan extenso y de tan enormes proporciones como el nuestro. Se nos ha encomendado:

-Identificar las amenazas que acechan al sistema capitalista de libre mercado y los obstáculos que existen para su generalización y conservación en el próximo milenio.

-Examinar el rumbo actual de la economía mundial a la dicha de dichas amenazas y obstáculos.

-Recomendar estrategias, medidas concretas y cambios de orientación destinados a aumentar al máximo la probabilidad de que prevalezca el sistema capitalista globalizado de libre mercado. [...]

El Grupo de Trabajo comparte sin reservas la premisa de los solicitantes del Informe: un sistema mundial liberal, basado en el mercado y globalizado no debe limitarse a seguir siendo la norma, sino triunfar en el siglo XXI. Consideramos que un sistema económico basado en la libertad individual y en el riesgo es el garante de otras libertades y valores.

También aceptamos el reto de los solicitantes de prescindir en lo posible de sentimentalismos, prejuicios e ideas preconcebidas en la elaboración de este Informe. Esperamos y confiamos en que nuestra formación académica y nuestro origen cultural sean idóneos para esta tarea”<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> George, S., *Informe Lugano*, Icaria, Barcelona, 2001, 21-22

Quisiera destacar el último párrafo de la cita, y cómo se critica el sentimentalismo en la toma de decisiones. Partiendo de que el sentimiento es uno de los resortes de la acción moral (solamente un procedimentalismo radicalmente idealista aceptaría la motivación moral sin afectación emocional o sentimental), decidir excluirlo supone acallar un aspecto básico de nuestra toma de decisiones. Más allá de los trabajos que relacionan emociones a la toma de decisiones (los de Antonio Damasio pueden ser perfectos como introducción), el hecho de renunciar voluntariamente a nuestros sentimientos (una de las cuestiones que resaltan nuestra humanidad) supone convertirnos en máquinas, al menos en el plano decisional.

Son estas “máquinas” las que dirigen bancos para que ganen lo máximo, las que asesoran a políticos para mantenerse en el poder a cualquier coste, los que dirigen empresas para obtener los mayores dividendos entre los accionistas; los que satisfacen unos intereses egoístas que son legitimados desde metáforas que relacionan el mercado con conflictos bélicos en los que la simpatía o la cooperación no interesada es desechada. Una de las tareas del intelectual debiera ser desactivar esta forma de pensar.

El cuidado para el gerente reside en la desafección de sus propias acciones, puesto que él aplica una técnica, se basa en unas leyes que obtienen los resultados solicitados. Pero este personaje se torna peligroso cuando, centrándonos en el cuidado, es capaz de dirigir instituciones cuyo eje es el cuidado de los otros. Pensemos en un gerente conduciendo un hospital. Este tipo de instituciones debiera escapar a relacionarse, con las personas que atiende especialmente, desde términos económicos exclusivamente. Las consecuencias de introducir estos gerentes en este tipo de instituciones las estamos padeciendo a diario. No se puede atender a alguien en función de su aportación, pero esta creencia, tan clara hace un tiempo, va perdiendo fuerza con consecuencias fatales para nuestra humanidad.

### Conclusiones

Las líneas anteriores solo son un pretexto para forzar una interpretación de la obra de MacIntyre. Sus acertadas intuiciones pueden ayudarnos a realizar una historia que nos haga entender mejor la situación en la que nos encontramos. Algunos filósofos están dando las claves interpretativas de la sociedad contemporánea, y Han puede que sea uno de ellos, más allá de atender a las razones de su éxito. La relectura de textos de finales del siglo pasado en nuevas claves interpretativas nos ayuda a saber cómo hemos llegado a la situación actual. La utilidad de una buena descripción, despreciada por algunos sesudos racionalistas, supone el inicio de la posibilidad de un cambio aceptable. Los intentos históricos de cambio, que no atienden a los aspectos que han producido la sociedad que se pretende cambiar, padecen el riesgo de olvidar las terribles consecuencias que el desarraigo histórico produce. Atender a nuestra narración como sociedad nos arma con herramientas facilitadoras de un cambio deseable. Una forma de aproximarse a los catalizadores del cambio es analizar los personajes que han sido referente (e imitados hasta la saciedad), y para ello nos puede ser de utilidad el tercer capítulo de *Tras la virtud*, de MacIntyre. Estudiar estos personajes y examinar si nuestra sociedad satisface las características de estos personajes, y relacionar el papel del cuidado en una sociedad individualista y disfuncional con estos personajes, es de gran utilidad.

